

Memorialistas & Viajeros

Miguel Covarrubias: “La isla de Bali”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Algún atisbo del arte de Miguel Covarrubias (1904-1957) poseía yo gracias a las ilustraciones que él hizo para la novela *Green Mansions* de W.H. Hudson, libro del que colecciono ediciones notables. Durante un viaje a México, a principios de esta década, me asombró enterarme del amplio registro creativo de este dibujante y caricaturista conocido como “chamaco” Covarrubias, que a los 14 años estaba colaborando en revistas y movimientos de vanguardia en su país natal. Emigrado a Nueva York a los 19 años, ya un creador maduro, ganó fama como dibujante en revistas tan importantes como *Vanity Fair*, *Fortune*, *Harpers’ Bazaar* y *The New Yorker*. Artista inquieto, incursionó también en el dibujo de mapas, la fotografía en blanco y negro, el diseño de vestuarios de ballet (su esposa Rose era bailarina), la decoración teatral, el boceto científico, la publicidad de jazz, la portada de libros, la caricatura política... Covarrubias fue un maestro del *art déco*, estilo de moda en su época, que utilizó libremente.

Trotamundos y aventurero, se abocó también a la historia del arte y a los estudios antropológicos. En ocasión de una visita que tuve oportunidad de hacer posteriormente a la isla de Bali, en Indonesia, cuál no sería mi sorpresa al comprobar que el referente obligado en los estudios sobre el arte, la danza, la religión y la música balinesas, era precisamente Miguel Covarrubias, a través de un libro maravilloso, publicado en 1937, donde mezcla recuerdos y análisis, dibujos y croquis, pinturas y fotografías. Su título es simple: *La isla de Bali* y se extiende por más de 400 páginas.

Covarrubias y su esposa salen en barco desde Nueva York un día de 1930, como relata en la introducción, atraviesan el canal de Panamá, cruzan el océano Pacífico y bajan por el mar de China, hasta meterse en el archipiélago Malayo, al cual pertenece la pequeña isla de Bali, situada junto a la enorme isla de Java. Relata que sólo había sabido de Bali por un célebre álbum de fotografías tomadas hacia 1912 y publicado por el alemán George Krause en 1926. Covarrubias ingresa por el norte de la isla, donde se hallan los remanentes de la ocupación holandesa, que legó a la historia una masacre implacable: la del último rey de Bali y su pacífica su corte, quienes prefirieron la muerte y el suicidio colectivo antes que sucumbir al poder colonial. El infame lugar se llama Baleleng.

De allí se desplaza entre los cuatro volcanes considerados sagrados por los nativos, se maravilla con las infinitas tonalidades de verde de los cuidados arrozales en terrazas, bordea lagos azules y ríos marrones, hasta llegar a Denpasar en el sur, centro de la cultura, el arte y la música balinesas. No se defrauda. Constata sin embargo que ya por entonces el turismo ha empezado a pervertir la artesanía, y no logra encontrar piezas valiosas hasta que se interna en los pequeños pueblos. Pero es en la ciudad donde la armonía de los *gamelan* llena el aire de extraños sonidos, acompañando fiestas, danzas y cremaciones. Confiesa que se enamora del país. Se instala para conocer e investigar.

Los balineses practican una versión propia de la religión hindú y constituyen una minoría en un país como Indonesia, abrumadoramente musulmán. En general se les ha respetado, sobre todo porque la isla es un paraíso turístico, aunque de tanto en tanto deben sufrir embates del fundamentalismo. Covarrubias lo atestigua en esos años 30. Los misioneros cristianos habían llegado con los colonizadores y, para forzar su proceso de conversión, prohíben la costumbre del pecho descubierto entre las mujeres, cuya hermosura tanto había celebrado Krause. No les hacen demasiado caso, por fortuna. Finalmente son expulsados.

Covarrubias estudia e ilustra las leyendas. Para sus habitantes, Bali es el mundo y la isla se estira sobre una tortuga gigante que flota en el mar. Lo sagrado mora en las alturas, la gente habita al medio y en las profundidades yacen los espíritus diabólicos. Sobre todo en el océano, infestado de tiburones y barracudas, hogar del venenoso arrecife coralino. En Bali termina la voluptuosa Asia. Luego comienza Oceanía, con sus sequedades. Un Covarrubias en éxtasis dibuja los templos y los árboles, asiste a los bailes, conversa con la gente (ha aprendido el malayo e incluso la antigua lengua balinesa), se hipnotiza con la música (una de las más insólitas jamás producida por seres humanos), esboza retratos de los seres subterráneos. Interpreta la historia de la isla y plantea teorías sobre su futuro.

A mí me tocó un Bali bastante degradado cuando lo visité hace unos años. Me fue difícil descubrir la belleza tradicional, tras la avasalladora ocupación de la isla por la industria del turismo, la introducción de los modos de la civilización de masas (miles y miles de motocicletas), los hoteles de un lujo desmesurado, las playas llenas de extranjeros (sobre todo australianos y neozelandeses). Sin embargo, algo pude vislumbrar, internándome en la parte menos visitada de la isla. Descubrí que cada casa es prácticamente un templo. Se ven altares por todas partes o, al menos, ofrendas votivas en forma de encantadores ramilletes florales o cestillas de frutas. Incluso en las motocicletas distinguí instaladas dichas ofrendas. Avisté bueyes decorados con cintas de colores. Conversé con un viejo hechicero amable. Asistí a un ritual de danzas (unas bailarinas preciosas en sus sofisticados trajes) y al concierto de una banda de percusionistas *gamelan*. Los templos más populares, como Basaki, Giralawa o Uluwatu, me parecieron portentosos.

Pero sólo la lectura del libro de Miguel Covarrubias me dio un destello de lo que otrora fue ese lugar incomparable, apenas inexistente ahora. No sólo aporta allí el registro de una forma de civilización perdida, sino que además hay pistas para encontrar sus frágiles remanentes. Uno se pregunta hasta cuándo lograrán los balineses resistir los embates de la globalización de signo estadounidense, que no parece ceder en su afán por invadir cada rincón del planeta, hasta transformarlo en una celdilla de la cultura chatarra.

